

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL INTERÉS COMO PRINCIPIO SOCIAL.

V.

Escitadas y atraídas á un mismo punto las mas inquietas é irreconciliables ambiciones, y limitadas á esas riquezas y bienes positivos que forman su pábulo mas efímero y grosero, la fuerza viene á dirimir en última instancia las cuestiones del interés. Sus fueros universalmente proclamados, su principio por todos reconocido, engendran, en vez de acuerdo, fuertes luchas y competencias; porque tal es la naturaleza de las cosas en su vasta escala desde lo material hasta lo infinito: cuanto mas inferior es el orden á que pertenecen, tanto mas esclusivas é incomunicables son, y con tanto mayor egoismo se poseen. La aproximacion de dos espíritus es la unidad, la aproximacion de dos cuerpos es el choque; aquellos coexisten en un mismo punto, estos se desalojan ó se absorben sin jamás compenetrarse verdaderamente; la identidad de sentimientos y creencias une, cuanto la identidad de pretensiones divide; la primera se llama concordia, la segunda rivalidad. De esta suerte, no bastando para todos las conveniencias y goces de la vida, no cabiendo sino muy pocos en la cima de los honores y riquezas, natural es que los de abajo se esfuerzen en subir, y los de arriba en repeler, que la fuerza se emplee así en el asalto como en la defensa, y que la violencia se encargue de corregir los caprichos de la fortuna ó de fijar su inconstancia.

El derecho solo permanece acatado y puesto en alto, en cuanto el peso del deber inclina del otro lado la balanza: una vez destituido de su sancion divina, una vez basado sobre la recíproca conveniencia, sufre todos los vaivenes y experimenta las vicisitudes que esta trae consigo en sus perpétuas trasformaciones. Entonces deja de ser una ley eterna para convertirse en una regla de circunstancias; su verdad inconcusa es entregada á merced de los mas apasionados sofismas y de interpretaciones las mas erróneas; ya no es derecho en una palabra, sino un interés como cualquier otro. ¿Y qué valen todos los discursos metafísicos y demostraciones filosóficas para acallar el bramido de las pasiones desenfrenadas ó de los hambrientos apetitos? qué vale todo el mecanismo económico para contener dentro del cauce sus desbordados ímpetus y hacerlos maniobrar acordadamente? qué vale un bien abstracto y remoto ante uno próximo y tangible? qué importa la conservacion de la sociedad y sus ventajas indirectas ante un provecho personal é inmediato?

Aguardar pues que tantas voluntades y deseos hiervan y se agiten de continuo sin que resulte conflagracion, que las pretensiones se concilien, que los apetitos se moderen, que las pasiones se sometan á una organizacion impuesta para funcionar con regularidad, que de esa combinacion de atracciones y resistencias nazca el orden y la armonía social, es pedir sosiego al mar, equilibrio á las olas,

templanza al incendio, concierto al caos, pensamiento á la materia. Creer que en nombre de no sé que interés *general* y *bien entendido* puede infundirse parsimonia y caridad al rico, laboriosidad y resignacion al pobre, docilidad al ignorante, buena direccion al sabio, y espíritu de sacrificio á todos, es desconocer la naturaleza humana: las realidades pueden mas que las abstracciones, los goces de la actualidad preponderan sobre los eventos de lo futuro, los instintos individuales sobre la conveniencia general. Ese interés *bien entendido*, cada cual lo entenderá á su manera, sin cuidarse de buscar en los libros su recta interpretacion; los hombres no se congregarán en un templo público para tributarle universales obsequios y acordes hōmenajes, sino que cada uno le adorará en el secreto de su casa como á penate doméstico en lucha y oposicion con el de su vecino. Ni los peligros que contrapesan la satisfaccion de los deseos mas criminales ni las trabas que los reprimen ardrarán jamás, sino en cuanto falte habilidad y destreza para eludirlas, ó audacia y fuerza para quebrantarlas; y por mas recursos que se escogiten á fin de mantener este universal contrato en su fiel balanza y justa reciprocidad, siempre estarán de un lado los derechos y ventajas á nombre del poder, de la inteligencia ó de la riqueza, siempre del otro las cargas y obligaciones á nombre de la miseria, ineptitud ó debilidad. Opresores y oprimidos, no presenta otra cosa el mundo mirado por el anteojo del interés.

Para proteger la seguridad de los que gozan preciso es que la fuerza vele, y que su vigilancia y robustez sea proporcionada al profundo letargo de los de adentro y al terrible empuje de los de afuera. Preciso es sembrar de centinelas y de cordones de tropas el camino del interés donde se codea y empuja la muchedumbre, para establecer algun orden en su codicioso afan y evitar en lo posible las desgracias y atropellos. Un poder material es el único que puede salvar, ó mas bien prolongar por algun tiempo la existencia de una sociedad enteramente materialista: pero ¡ay! si el dique cesa, si la barrera protectora es

arrollada, porque entonces las violencias privadas y las luchas cuerpo á cuerpo reemplazan la compresion general, y la nacion se disuelve en individuos, como el cuerpo en átomos y moléculas, que cada cual pugna para absorber á los demás. No es nuevo ciertamente en la historia ese contraste de positivismo en los goces y de inquietud en las ideas, de frenéticos placeres y de sombrías alarmas, de sensualidad delicada y de grosera abyeccion: el materialismo, que empezando desde luego por pulir y refinar acaba por destruir, hace brotar la barbarie del seno de su falsa y deslumbradora cultura; la indiferencia hácia las leyes morales y dogmas religiosos concentra en el placer ó en la utilidad todo el vigor de las creencias, todo el brillo de las esperanzas; los cálculos absorben la fuerza de los sentimientos; y si calma hay precursora de tempestad, es la que goza una generacion en la que se eleva y perfecciona la materia hasta hacerse soberana, y el espíritu se degrada y estingue hasta someterse como esclavo.

Nada por lo mismo tiene de singular, ni de inesperado siquiera, la calamidad social que nos amenaza; es una fase, y no la postrera todavía, del desarrollo de las tendencias materialistas y de los principios utilitarios. Es una desproporcion á cada momento acrecentada entre las demandas y los productos, entre los deseos trasformados en necesidades y los medios de satisfacerlos; pues si estos crecen en progresion aritmética, aquellas se multiplican en geométrica progresion. Es el desengaño de ese bienestar prometido á todos y que apenas basta para una mínima porcion de los vivientes, de esos dones necesariamente desiguales y esencialmente privativos, de esos derechos que no se ejercen, de esas comodidades que no se gozan sino á espensas de los demás. La ventura, deidad pacífica, á todos accesible, benéfica para todos, aparece ya como una deidad celosa, parcial é injusta, cuyos favores no llueven sino que se arrebatan, y sembrando envidias y rencores provocan luchas que ensangrientan á menudo sus altares. Mientras hay que repartir permanece inofensiva la avidez; cuando se agotan los beneficios

empieza á mostrarse agresora. ¿Y qué mucho, si la pobreza además de sus privaciones materiales ha sido marcada con un sello de inferioridad y oprobio? ¿Qué mucho si la riqueza, considerada como medida de la capacidad, como recompensa del mérito, como título al poder, como garantía de moralidad, bajo cualquier aspecto se presenta como término de los deseos y facultades del hombre y árbitra de sus mortales destinos? ¿Quién aceptará la humillante sentencia de la fortuna? ¿Quién no se esforzará en desmentir su justicia y en probar, haciéndose rico á toda costa y por cualquier medio, que él también es activo, es inteligente, digno de la consideración social, y cuando no apreciable, por lo menos temible?

¡Riqueza! ha propuesto por tema constante una presuntuosa economía; ¡riqueza! han tomado por norma y base de sus utopías los refundidores de la sociedad; ¡riqueza! exigen las leyes políticas para cimentar sus instituciones y franquear sus derechos; ¡riqueza! afectan ostentosas las costumbres desde el magnate hasta el jornalero, desde la corte hasta la aldea, desplegando por do quiera las seducciones del lujo; ¡riqueza! es el grito del industrial y del literato, del filósofo y del publicista; y ¡riqueza! es también el grito de la muchedumbre en masa, pero pronunciado con tan desesperada energía que amedrenta á los primeros que lo soltaron. Para calmarla le prometen nuevos medios, le señalan nuevos caminos de riqueza, le presentan perspectivas mas y mas brillantes; y cada vez les devuelve su grito la muchedumbre con eco mas aterrador. Y esto ¿qué significa? que el mal se fomenta con la medicina, que el incendio crece con el pábulo, que las leyes, las doctrinas, las costumbres son cómplices de esa inminente revolución que pretenden contrarrestar. A la avidez la moderación, al interés el deber, al reinado de la materia el reinado del espíritu: este es el freno, el correctivo, la medicina verdadera.

J. M. Q.



UN DISCURSO

Á LAS NUEVAS CONFERENCIAS DE S. VICENTE.

¡Con qué! ¿ha revivido, esclamarán á vista de este título nuestros lectores, la sociedad de S. Vicente de Paul? Revive, sí, ó por mejor decir sobrevive á la proscripción con que se creyó herirla de muerte en nombre de la libertad y de los derechos ilegales. Que haya cambiado de título, poco importa: si con esta mudanza se contentan sus enemigos, por tiránica ó ridícula que parezca semejante traba puesta al principio de asociación, quedarán satisfechos sus intencionados odios ó sus ciegas prevenciones; pero el espíritu de aquel vivaz instituto no se lisonjeen jamás de destruirlo. Sin embargo, para evitar pesquisas y suspicacias, molestas al par á agentes y á pacientes, considero prudente callar no solo el nombre del autor del discurso inserto á continuación, que cualquiera comprenderá no ser de vulgar talento, si no hasta la población del continente desde donde nos fué remitido, y la sociedad en cuyo seno fué pronunciado, aunque por otra parte nada tenga de secreta. Mas no disimularé que merece ser conocida la escitación é imitado el ejemplo, y con este objeto principalmente se le dá publicidad, á fin de que bajo cualquier título sea, usando de todos los medios legales y hasta sometiendo á las mas arbitrarias prescripciones, se apresuren á reorganizarse en toda España las disueltas conferencias. He aquí el sencillo cuanto elocuente discurso:

Hermanos míos en Jesucristo.

¿No es verdad que este tierno vocablo, que hacia mas de dos años no oíais sonar en los labios de ningún seglar en reuniones cual la presente, hiere vuestro corazón tan agradablemente, cual hiere el del viajero, que vuelve tras larga ausencia al hogar doméstico, el amoroso saludo que le dirigen los que son sus hermanos por la carne? Oh! sí, grato debe seros á todos oíros llamar de esta suerte, como grato me es á mí, que soy el menor de todos, daros en este venturoso momento este nombre, ya porque nos recuerda nuestra comun filiación de aquel que siendo creador del universo quiso ser padre del humano linage, ya también porque debe traeros á

la memoria que hubo un tiempo en que estabais unidos por este mismo nombre, para ejercer en el de Dios la caridad, para llevar á los pobres, hijos predilectos de Jesucristo cuando saben como él amar la pobreza, una limosna para el cuerpo con vuestros bonos de pan, una limosna para el corazón con la visita que en su solitaria morada le hacíais, una limosna para el espíritu con vuestros cristianos consuelos, con vuestros consejos llenos de prudencia.

Sí, queridos hermanos, esto debe traer á la memoria este cristiano y cariñoso vocablo. Y como el recuerdo del bien en otros tiempos realizado es, además de causa de alegría para lo presente, poderoso incentivo para hacerlo si cabe mayor en lo porvenir, al juntarnos hoy de nuevo unidos con este lazo de amor y bajo la enseña de la caridad, confío en el Señor, que al calor que por decirlo así brota de esta santa palabra, nacerán por vez primera en unos y relucirán en otros el celo, la fortaleza, el valor y la constancia en el deseo y en la realización del bien, que distinguen en todos sus actos á los buenos, á los verdaderos hijos del taumaturgo de la caridad de los tiempos modernos.

¿Y por qué no confiar que así suceda, cuando repetidísimos ejemplos nos muestran que el Señor se complace en bendecir todas las obras que en nombre y con verdadero espíritu de esta gran virtud se emprenden? Buscad una institución caritativa, que por humilde que haya sido en su nacimiento, no haya á la vuelta de pocos años extendido su benéfica sombra en regiones las mas apartadas sobre millares de millares de infelices. ¿En menos de medio siglo no ha presenciado con asombro la Europa tres grandes milagros del poder de la caridad? Siete jóvenes estudiantes fundaban en Paris en 1833 las sociedades de S. Vicente de Paul; en un pueblecillo de la Bretaña francesa dos jóvenes obreras echaban por los años de 1838 los fundamentos de la orden de las Hermanitas de los pobres; otra jornalera en Lyon, destinando sus ahorros para las misiones, daba por el mismo tiempo la idea de lo que debía ser la obra de la propagación de la fe, y ¿quién sería hoy capaz de calcular el bien que á la religion, á la Iglesia y á los hombres han hecho estas tres admirables obras de la caridad cristiana?

Confíemos pues que aquel que es todo amor, que es la caridad misma, bendecirá nuestra naciente asociación, nuestros humildes esfuerzos; y que si la bandera que hoy nos cobija estiende su sombra tan solo sobre unos pocos, no tardará en cubrir con ella una numerosísima familia de hermanos de los pobres. Y muévanos á esperar que así suceda, no

que nos creamos dignos de ponernos al lado de los que por sus virtudes fueron hallados merecedores de una especial protección del cielo, sino la consideración de que teniéndonos en cierto modo por continuadores de las obras que por obstáculos insuperables dejaron los antiguos socios de S. Vicente de Paul interrumpidas, nuestro Señor derramará sobre nosotros las gracias de que se dignó colmar á aquellos, y de que siendo el espíritu de aquel santo el que nos inspiró la idea de asociarnos, ni ha de faltarnos su intercesión en el cielo ni su poderoso apoyo en la tierra para que sean mas abundantes las bendiciones que de allí nos vengan, y mas fecundas en toda clase de bienes para los pobres y para nosotros las obras de caridad que aquí practiquemos.

En momentos tan solemnes como el presente, cuando hablamos de la caridad y tenemos la incomparable dicha de que sean nuestros corazones templos vivos del que murió rogando por sus enemigos, no debemos ni podemos tener mas que palabras de compasión para los que, cegados por el humo del error, prohibieron en nuestro suelo las conferencias de S. Vicente de Paul. Mas si al tiempo que se decretaba su disolución, se abría por el reconocimiento del derecho de asociación la puerta á la facultad de reunirse para hacer bajo otra denominación el bien que en nombre de aquel santo se había practicado hasta entonces, ¿no estábamos hasta cierto punto obligados á aprovecharnos de aquel derecho para hacerlo? Si se nos franqueaba un camino para llegar hasta la morada del pobre, desierta acaso, tal vez llena de toda clase de miserias desde que no penetraba en ella el socio de S. Vicente de Paul, ¿podíamos escusarnos de ir á visitarla porque se nos cerraba el usado sendero por donde íbamos antes? El ave á quien impide una ráfaga de viento marchar en la dirección que seguía ¿no se va por la parte del cielo por donde pueda volar con mas libertad? Y nosotros que por tantos caminos podemos ir al bien, á la virtud, á la celeste patria, ¿nos creemos dispensados de ejercer en comun las obras de caridad, tan solo porque se nos prohíbe uno de los medios de que nos valíamos para practicarlas?

Mas no fueron únicamente estas consideraciones, queridos hermanos míos, segun sabeis algunos de vosotros, las que nos movieron á agruparnos y á constituirnos legalmente, creando la humilde sociedad que hoy viene aquí á hacer por vez primera pública pero modesta ostentación de su existencia. Al ver el mal que se rompían los diques que hasta entonces

mas ó menos habian impedido sus desbordamientos, al sentirse libre para obrar, saltó sobre nuestro desgraciado suelo como hambriento tigre sobre su indefensa presa, como destructor torrente sobre los campos que encuentra á su paso. Para luchar contra tan brusco y espantoso desbordamiento ¿qué podian, que debian hacer los buenos, faltos de todo humano apoyo, entregados á sus propias fuerzas? Oponer oleada á oleada, contrarestar con torrentes de bienes los torrentes de males, pelear, resistir, y cuando otra cosa no se pudiese, abrazarse con el instrumento del martirio y sucumbir con los ojos fijos en el cielo. Es camino seguro para ir á él aquel en que se pelea y se muere por las causas divinas. Creimos que seria un medio de luchar contra el mal, de limitada eficacia por de pronto, pero que con el tiempo, Dios mediante, podia llegar á ser poderoso, hacernos escudo del pobre, mas que nadie espuesto á las tentaciones de los inicuos; y esta idea nos movió á apresurar la realizacion del propósito que traíamos entre manos. De este doble orden de consideraciones nació, hace algunos meses, nuestra asociacion para el socorro de los pobres á domicilio.

El que tiene la honra de dirigiros la palabra no sabia entonces que á un motivo idéntico al que acaba de indicaros, esto es á la necesidad de atacar al mal, se habia debido tambien la fundacion de la sociedad de S. Vicente de Paul. Por lo que tienen de oportunas y de edificantes, permitidme que os repita las palabras con que el ilustre y virtuosísimo Ozanam recordaba en 1833 lo que les habia movido á él y á sus jóvenes compañeros á fundar aquella sociedad, de la cual debia escribir mas tarde Dupanloup que era la obra mas bella de este siglo, la que debia ser su gloria mas duradera.

«Nos hallábamos entonces (en 1833) invadidos por un diluvio de doctrinas filosóficas y heterodoxas, que agitándose á nuestro derredor, despertaron en nosotros el deseo y la necesidad de fortalecer nuestra fe en medio de los ataques que le dirigian los distintos sistemas de la falsa ciencia. Algunos de nuestros condiscípulos eran materialistas, otros sansimonianos, furrieristas y deistas otros. Cuando nosotros católicos nos esforzábamos en recordar á nuestros hermanos extraviados las maravillas del cristianismo, nos decian: «Teneis razon, hablando de lo pasado; el cristianismo hizo en otro tiempo prodigios, mas hoy está muerto. Vosotros que os envaneceis de ser católicos ¿qué haceis? cuáles son las obras que demuestran vuestra fe, que puedan movernos á respetarla, á admitirla?» Y

no sabíamos que contestarles. Merecíamos la acusacion que se nos hacia, y entonces fué cuando dijimos: «Pues bien, manos á la obra, y que nuestros actos estén en armonía con nuestras creencias! Mas ¿qué hacer para ser verdaderamente católicos, sino lo que mas sea del agrado de Dios? Socorramos pues á nuestro prójimo como lo hacia Jesucristo, y pongamos nuestra fe bajo el amparo de la caridad.»

¿No parecen escritas para hoy estas palabras que fueron pronunciadas hace 38 años? Tambien hoy como en 1833 nos dicen los enemigos de la religion que el cristianismo no hace ya maravillas, que ha pasado su época, que ha muerto! tambien hoy nos preguntan con insultante desprecio: «vosotros que os llamais católicos, ¿qué haceis? cuáles son las obras que demuestran vuestra fe y que puedan vencer nuestra incredulidad?» y tambien hoy como entonces, humillándonos ante la justicia de esta acusacion, estamos obligados á contestar como Ozanam y sus compañeros: Pues bien, manos á la obra, y que nuestros actos estén en armonía con nuestra fe!

Sí, hermanos míos en Jesucristo, manos á la obra. Contribuyamos á demostrar con nuestros actos que el cristianismo está en pleno florecimiento, en plena virilidad, en completa aptitud de obrar maravillas. La redencion del mundo, que comenzó por el amor, por el amor ha de consumarse. Para este apostolado todos somos aptos: hombres y mugeres, ancianos y niños, sabios é ignorantes, débiles y poderosos, ricos y pobres: todos debemos, al llamarnos Dios para que seamos sus apóstoles, consagrar á su servicio algunos momentos de nuestra existencia y emplearlos en obras de caridad, á fin de conquistarle corazones, á fin de ganar para él nuevos hijos, nuevos hermanos para nosotros. Hagámonos todos apóstoles de la caridad, no de esa caridad toda de aparato, de esa caridad que habla mucho y obra poco, que escribe estadísticas y no conoce de vista ni un solo pobre, que anuncia sus limosnas á son de trompeta, que dá al necesitado mas porque le teme que porque le ama; sino de la caridad verdadera, de la caridad descrita por S. Pablo, que es paciente y benigna, y no conoce la envidia, ni obra precipitadamente, ni se ensoberbece, ni es ambiciosa, ni busca su provecho, ni piensa mal, ni se mueve á ira. Hagámonos todos apóstoles de esa caridad, y contribuiremos á redimir al mundo, á hacerle cristiano y por consiguiente á salvarlo.

Hoy somos todavía pocos en número: ¿quién sabe cuantos seremos mañana? Hoy podemos poco: multiplicándonos ¿qué no podremos alcanzar dentro de algun tiempo? Humildes y de escasa utilidad son

las yerbas del campo, y no obstante estendiéndose pueden cubrir el suelo y ser alimento á numerosos rebaños. Dígnese el cielo bendecir nuestra sociedad y se multiplicarán y serán fecundas nuestras obras.

GLORIAS HISPANO-CATÓLICAS.

JORNADA DE VILLALAR.

CRISTIANA MUERTE DE LOS GEFES COMUNEROS.

Hoy, 23 de abril, cumplen tres siglos y medio cabales desde el combate mas decisivo que sangriento, en que segun el sistema histórico de los unos exhalaban su postrer suspiro las libertades de Castilla, y segun el de otros se afianzó de una vez el poder real contra las revueltas feudales y concejiles de la edad media. Aniversario de gloria al par que de luto para los que en él buscan políticos entronques y analogías, lo es para nosotros bajo el aspecto cristiano por la edificante y valerosa muerte de Padilla y de sus compañeros en el cadalso: y en este concepto juzgo conveniente reproducir la relacion de su derrota y de sus últimos momentos, tal como la publiqué en los *RECUERDOS Y BELLEZAS DE ESPAÑA* tomo de Valladolid pág. 175 y siguientes, recordando en honor de los pasados, y en mengua ó mas bien para enseñanza de los presentes, cuan compatibles y hasta inseparables andaban por entonces los sentimientos de religiosa mansedumbre y de hidalga independendencia.

«Trascurrieron dias, semanas, meses, y Padilla continuaba en Torrelobaton dormido sobre sus laureles. Concertáronse treguas por ocho dias, que con sutiles mañas y especiosos proyectos de paz fueron prorogando los gobernadores hasta rehacer sus fuerzas; y la hueste comunera, entregada de dia á la inaccion ó al merodeo, y de noche al mas profundo sueño al calor de las hogueras encendidas de trecho en trecho por las calles del arrabal, acabó por experimentar numerosas deserciones, perdiendo sus mejores lanzas y los veteranos que tenia á sueldo. Todo el cuidado del vencedor se cifró en fortalecer su conquista, como si en ella hubiese de asentar su trono, y en alguna que otra correría por las inmediaciones para contemplar de lejos á Tordesillas; y entretanto bajaba de Burgos con crecidos escuadrones el condestable, y subian los otros magnates, banderas desplegadas, á envolverle en su guarida. La proximidad del ejército imperial, reunido á una legua de distancia en Peñaflo, sacó por fin á

Padilla de su letargo: entonces pensó en retirarse ácia Toro para juntarse con los refuerzos de Zamora y Salamanca; entonces desdeñando los siniestros agüeros de su capellan, y echándose en brazos de la providencia, en la mañana del 23 de abril emprendió su salida de aquel lugar funesto que tenia su vigor paralizado.

«No aguardó las sombras de la noche para encubrir su retirada; receloso de alguna emboscada del enemigo ó tal vez mas de la firmeza de los suyos, quiso que almenos se la infundiera la luz del dia avergonzando á los cobardes: delante marchaban dos cuerpos compuestos de ocho mil peones, iba en el centro la artillería de Medina del Campo, y detrás con quinientas lanzas el caudillo. Mustios y con la celeridad que toleraban lo lluvioso del dia y lo cenagoso del terreno, habian andado tres leguas de eriales y ondulosos campos á lo largo del arroyo Ornija, cuando se dejaron oír antes que ver á sus espaldas los escuadrones imperiales. Dejando atrás á su infantería mal segura tambien como la otra, dos mil cuatrocientos ginetes, y entre ellos la flor de la grandeza, embistieron cuales por los flancos, cuales por la retaguardia, á los ya temerosos comuneros: el estrépito y la gritería y algunos disparos de cañon bastaron para sembrar el pánico entre sus filas, y la lluvia que les azotaba el rostro y la esperanza de guarecerse en el pueblo de Villalar, que cercano se veía, acabaron de desordenarlas. A las voces de *Santa María y Carlos* apenas habia quien repusiera *Santiago y libertad* sino Padilla, que por tres veces intentó en vano detener y ordenar sus tropas; y que seguido solo de cinco escuderos se precipitó á morir en medio de las lanzas enemigas: atascada en el lodo la artillería no pudo maniobrar; y dispersos como manadas de ovejas los peones, sin disparar un solo tiro, caian atropellados bajo las plantas de los caballos. Al fin hubo de rendirse el valiente campeón rota la lanza y herido en una pierna; y si halló por lo general entre sus adversarios el respeto debido á su noble infortunio, no faltó quien villanamente á pesar de verle desarmado le ensangrentara el rostro de una cuchillada.

«Villalar, pueblo humilde y hasta la sazón oscuro, presenta al norte unas areniscas cuevas que fueron teatro de la batalla ó mas bien de la derrota. Rodeólas por el lado oriental una division de caballeros, dejándose caer de pronto sobre los fugitivos; y en aquel pequeño puente llamado de Fierro que se levanta apenas sobre el arroyo, allí se ensangrentó la matanza, que vino á aumentar la llegada de los peones imperiales. Mas de dos leguas hasta

Villaster á la luz del crepúsculo persiguió el conde de Haro á los comuneros, felices cuando lograban trocar la roja cruz que adornaba sus pechos por la blanca de los vencedores: ni uno de estos pereció, de los vencidos no murieron mas que ciento (1), quedando cuatrocientos heridos y mil prisioneros que desnudó hasta las carnes la rapacidad de los soldados. Dióse á Padilla por cárcel el contiguo castillejo de Villalba, lugar que ya no existe, perteneciente entonces al caballero de Toro don Juan de Ulloa que le habia herido cobardemente; y allí con su inseparable amigo Juan Bravo capitán de Segovia y con los dos Maldonados de Salamanca, aguardó á que los gobernadores fallaran sobre su destino. A la mañana siguiente fueron conducidos á una casa de Villalar, donde precediendo solamente un breve interrogatorio, les intimó el alcalde la sentencia de decapitación; escogió Padilla por confesor un fraile franciscano, y por único testamento, ya que su hacienda habia de ser confiscada, escribió á la ciudad de Toledo y á su esposa aquellas dos incomparables cartas, en que mejor que en las lides desplegó su magnánimo carácter.

«A las de muchas ciudades escede en interés dramático la reducida plaza de aquel lugar donde se representó la tragedia: situada al oeste del pueblo, ciñenla al norte y mediodía bajas habitaciones de tierra y ladrillo; al oriente descuella la raquítica torre del reloj frente á la cual erguábase sobre unas gradas la siniestra picota (2); al poniente presenta su flanco la parroquia de San Juan, que si bien del siglo XVI como la otra de Santa María, no ostentaba entonces la cúpula y el moderno ornato que engalana ahora sus tres naves.

«En sendas mulas se dirigian los ilustres reos al suplicio; pero en lugar de D. Pedro Maldonado Pimentel, á quien por de pronto habian logrado salvar las instancias de su deudo el conde de Benavente, buscóse otra víctima, á Francisco Maldonado que iba ya preso camino de Tordesillas. El pregon que delante recitaba el verdugo los daba por traidores, á cuyo dictado no pudiéndose contener el impetuoso Bravo «mientes tú y aun quien te lo mandó decir» exclamó: con un desatento golpe de

vara contestó el alcalde, con estas sublimes palabras Padilla: «señor Juan Bravo, ayer fué dia de pelear como caballeros, hoy lo es de morir como cristianos.» Al llegar á la fatal picota, asieron del segoviano, que rehusó morir sino á la fuerza, y tendido sobre un repostero le degollaron, separando como de rebelde la cabeza del cuerpo por orden del implacable magistrado; Padilla, despues de entregar al hijo mayor del marques de Denia D. Enrique unas reliquias que traia al cuello para su consorte, y de contemplar un momento el truncado cadáver de su amigo, diciéndole «ahí estais vos, buen caballero!» tendióse tranquilamente á su lado y sufrió la misma suerte (3). Casi al propio tiempo fué traído el capitán de Salamanca, y un momento despues colgaban al rededor del célebre rollo tres cabezas, no de mártires ni tampoco de traidores, como opuestas pasiones los han declarado, sino de caballeros mas animosos que prudentes y de mejor intencion que acierto.»

J. M. Q.

CRÓNICA.

El dia 12 de abril, aniversario del triunfo de Pio IX, se celebró en Roma con toda la solemnidad posible en estas tristes circunstancias, es decir, en los templos y en el Vaticano. Los templos estuvieron llenos de fieles todo el dia, siendo numerosísimas las comuniones; y hácia el mediodía centenares de carruajes condujeron al Vaticano la flor de la poblacion romana.

Al salir el papa de sus habitaciones, encontró las inmensas antecámaras y galerías henchidas de gente, ansiosa de demostrar al gran pontífice su amor ferviente y su fidelidad inquebrantable.

Las señoras de la aristocracia le pidieron una audiencia, que les fué concedida, y en ella le presentaron un cariñoso mensaje y una magnífica colgadura de precioso trabajo, destinada á decorar el balcon del Vaticano, desde el cual da el papa la bendición el dia de Pascua.

Los católicos alemanes, dice una correspondencia de Berlin, especialmente los de las provincias rhinianas y de los estados del sud, tales como Baviera, habian concebido hace algunos meses grandes esperanzas con motivo del apoyo que creían que el nuevo emperador de Alemania les prestaría en la cuestion del restablecimiento de la soberanía temporal del padre santo. Estas esperanzas, que los órganos del gobierno y los amigos del conde de Bismark habian hábilmente fomentado, se desvanecieron ayer en el parlamento alemán. En efecto, la asamblea declaró en su proyecto

(1) Así dice Sandoval; el conde de Haro en el parte que dió al emperador indica que «los muertos y heridos serian obra de mil hombres, de los cuales mató muchos el artillería.»

(2) Ya no existe este padron ni al pié de él los restos de los caudillos comuneros, pues en 1821 parece fueron exhumados y depositados dentro de una urna en una parroquia de la villa, y desde allí trasladados á la catedral de Zamora.

(3) Para completar los pormenores de los últimos instantes de Padilla, debemos añadir que antes de tenderse dijo al verdugo: «Hacedme este placer, que seais conmigo mas liberal que con el Sr. Juan Bravo» y luego levantando los ojos exclamó: *Domine, non secundum peccata nostra facias nobis.* Al ir á desnudarle el verdugo, se lo prohibió y aun le amenazó D. Luis de Rojas. Bravo pidió ser degollado primero «para no ver la muerte del mejor caballero de Castilla.»

de mensaje por 243 votos contra 63 que no cree que deba hacer una declaración en favor de la santa sede ni instar bajo ningún concepto al gobierno prusiano para que trate de modificar la situación que han creado los acontecimientos a su santidad Pío IX. O en otros términos, el parlamento de Berlín admite con todas sus consecuencias el principio de no intervención, y mira con indiferencia las infracciones del derecho cometidas allende los Alpes.

M. de Benningsen, diputado hanoveriano y luterano francmason, es quien mas ha contribuido a la votación del parlamento de Berlín. Las razones mezquinas y egoistas de este orador fueron en vano rebatidas con grande elocuencia por Mons. Augusto Reichensperger de Colonia y por el ilustre obispo de Maguncia Mons. Ketteler. El odio al catolicismo y las antiguas pasiones de los hijos de Lutero y de Calvino han prevalecido de tal modo, que la causa católica alemana, la de mas de quince millones de almas, ha sido vencida y sólemnemente abandonada.

No vacilo en decir que la votación del 30 de marzo causará impresion profunda en Alemania, y que está preñada de consecuencias que es facil prever desde ahora. Una de las principales será la tibieza y el desafecto que va a producir en las poblaciones católicas de las orillas del Rin y del Mediodía. Ahora bien, en este momento nada puede ser mas fatal para el imperio alemán, nada puede entorpecer y paralizar mas la constitucion real y sólida de la unidad alemana. No basta hacer proclamar esta unidad por los profesores de las universidades ni coronarla en Versalles en el palacio de Luis XIV; lo esencial es sellarla, consolidarla políticamente.

Lo repito, con su votación de ayer el parlamento ha causado un daño mas considerable a la unidad imperial alemana que el que podrian causarle todos los ataques y esfuerzos del federalismo y el republicanismo reunidos; pues arroja a los católicos a la oposicion, al aislamiento y a la desconfianza, y coloca además al emperador Guillermo en una situación muy delicada. Sabido es en efecto que este soberano habia manifestado a los prelados católicos que en diferentes ocasiones le hablaron del estado de cosas en Roma, que cuando hubiese terminado la guerra con Francia, se ocuparia de los intereses católicos en Italia y especialmente de la garantía que conviene darles en materia de independencia pontificia. Esta es la impresion que habian producido en el ánimo de dichos prelados sus conversaciones con el emperador alemán, y esta es especialmente la que habia comunicado a sus correligionarios Mons. Ledochowski arzobispo de Posen-Gnesen, que en el último invierno habia ido a petición del cardenal Antonelli al campamento de Versalles.

La *Correspondencia de Ginebra*, órgano casi oficial de los individuos mas influyentes del partido católico europeo militante, se habia hecho notar por la íntima confianza que cifraba en la intervención de la diplomacia y de la influencia germánica en Roma. Grande y universal será la decepcion para todos los individuos de la familia católica, que creian ya ver en el emperador Guillermo una especie de Carlo Magno.

Por terrible que sea la derrota que acaban de sufrir en la cámara prusiana, los católicos de Alemania no desmayarán sin embargo, y supuesto que les abandonan los hombres y los gobiernos, redoblarán su valor y su fe y pedirán con mas fervor que nunca a Dios que haga brillar por fin la luz de su justicia en las tinieblas que cubren hoy a Roma. Asi pues se anuncian en todas partes próximas peregrinaciones é imponentes y piadosas manifestaciones populares.

La sociedad formada en Roma con el título de *Sociedad para los intereses católicos*, bajo la presidencia de D. Mario Chigi príncipe de Campagnano, católico ferviente, cuenta ya 1,000 socios activos y 2,000 agregados, entre los cuales está toda la aristocracia romana.

Todos los socios han tenido la pasada semana santa ejercicios espirituales bajo la dirección del infatigable padre Curci. La sociedad publicará en breve un periódico diario titulado *La Voz de la Verdad*.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

JESUCRISTO CAMINO, VERDAD Y VIDA.

Al dirigir por primera vez su palabra a los asociados el jóven sacerdote D. Buenaventura Barceló, sin ceñirse estrictamente a las formas de un sermón, tomó por seguro guia uno de los mas bellos versículos del evangelio de S. Juan, que tanto abunda en temas de maravillosa y profunda enseñanza. Las condiciones de su auditorio no le obligaban a prescindir de su sagrado ministerio, y así pudo oportunamente ocuparse en explanar algunas verdades que entrañan la moral mas pura y proceden de la mas sublime filosofía. El corazón del hombre, dijo, abraza las aspiraciones mas elevadas, y estas no pueden quedar satisfechas hasta que se una en inefable consorcio con la divinidad. Nunca tendrá descanso hasta que en su seno descanse, y para lograr este fin debemos conformar nuestras acciones con las obras de un Dios que se hizo hombre para ser accesible a nuestra pobre y flaca naturaleza. Jesucristo es este Dios que tomó la carne humana para conducirnos a Dios. El fué el mediador entre Dios y los hombres, y quiso ser levantado en la cruz para atraerlos a todos y bañarlos a todos con el raudal de vida que salia de sus llagas, semejante a aquellos cuatro rios que brotaban del paraíso y regaban todo el ámbito de la tierra. El fué quien dijo a sus discípulos: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. Breves, pero secundísimas palabras que encierran en sublime compendio el objeto de su misión sobre la tierra, el carácter infalible de su doctrina y el misterio inescrutable de su esencia. Pudiera decirse que en estas palabras está encerrado todo el espíritu, todo el meollo del cristianismo. El hombre, so pena de infelicidad temporal y perpétua, tiene que ir a Dios, al Padre; y ninguno va al Padre sino por Jesucristo. El no fué un mero filósofo que viniese al mundo para enseñar tales ó cuales verdades, sino que es la verdad misma, la verdad increada, la verdad revelada a los hombres. El es la vida verdadera; y no viven, ni tienen jugo, ni dan fruto alguno los sarmientos que a ella no están unidos. Así el orador sin alardes de erudición, sin recurrir a los trabajos de comentaristas y expositores, con una sencillez propia de su juventud y de su modestia, presentó algunas reflexiones sacadas de la doctrina evangélica, comparó la enseñanza del Salvador con las de algunos filósofos antiguos, y concluyó preguntando si las sociedades modernas tomadas en su conjunto marchan por el camino, adoran la verdad y viven de la vida de que habló Jesucristo.

Hoy disertará el Pro. D. Miguel Coll.

El próximo domingo 30 del corriente, dedicado al patrocinio de S. José, celebrará la Asociación de Católicos de Palma una fiesta extraordinaria en la catedral, con comunión general por la mañana, en honor del santo patriarca declarado últimamente patrono de la Iglesia universal.